

DÍA DE TODOS LOS SANTOS



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

Después de un mes de octubre anormalmente cálido, el primero de noviembre quiso reivindicar, por fin, la llegada del otoño. El cielo intentaba camuflarse detrás de unas nubecillas blanquecinas, algodonosas y deslavazadas, nada agresivas, como si no quisieran molestar demasiado a los habitantes de la gran ciudad. Si de verdad el otoño había llegado para quedarse, las conversaciones entre los vecinos que nos encontrásemos en el ascensor cambiarían, serían diferentes. ¡Ya era hora de que llegara el frío!, dirían algunos aliviados, y otros, como es natural, se quejarían de que el inusualmente largo “veranillo de San Miguel” nos hubiese abandonado. Pero hablar del tiempo es lo más socorrido, y quizás lo menos doloroso. Porque, no nos engañemos, comentar algo de cualquier otro tema, por ejemplo de política o del estado calamitoso de nuestro país sería una locura durante los breves minutos de

duración de subida o bajada de un ascensor, en un edificio de diez plantas.

Esta mañana tuve ocasión de comprobar mi teoría. Como casi todos los años en el día de Todos los Santos, visito una iglesia, una iglesia cualquiera para saludar a mis padres en un lugar sagrado. Hoy fui a la parroquia de Nuestra Señora de El Cristo de la Victoria que está muy cerca de mi casa. Bajé sola en el ascensor, pero en el portal me saludó con el respeto y el afecto que él suele mostrar a todos los vecinos, nuestro conserje de los fines de semana.

— Buenos días señora, ¡por desgracia ya se acabó el buen tiempo! Ha hecho usted muy bien en ponerse una chaqueta. El frío tenía que llegar tarde o temprano.

Charlé durante unos minutos con el encantador Francisco y salí a la calle después de abrochar hasta el último botón de mi chaqueta.

Los días festivos por la mañana mi barrio se convierte en un lugar tristón y melancólico. Como si estuviera deshabitado. Los comercios

cerrados, las aceras vacías y las calzadas desiertas, a excepción de algún coche solitario que circula deprisa para demostrar que su conductor es muy importante, y él o ella, sí que tienen un lugar adonde acudir en el que su presencia es muy necesaria. Por ese motivo, y debido a mi larga experiencia como peatón, a pesar de que las luces de los semáforos estén en verde, yo miro a cada lado con sumo cuidado antes de cruzar la calle.

Mientras me aproximaba a la iglesia pensaba en mis padres, es increíble que nuestra memoria sea capaz de recrear tan vívidamente a unos seres que desaparecieron de mi lado hace más de treinta años, y, sin embargo, ahí estaba yo charlando con ellos como si conocieran todos los problemas de mi vida presente. Tras un breve paseo, llegué a las escaleras de la puerta principal de la iglesia. Un grupo de mujeres hablaba en un tono demasiado alto para resultar respetuoso. Además, impedían el paso al recinto y me paré ante ellas sin decir palabra, al verme tan seria se retiraron a un lado sin abandonar

su acalorada conversación. Justo delante de las pesadas puertas de madera y cristal había dos mendigos de aspecto aseado y limpio, uno a cada lado de la puerta con un vaso de plástico en el suelo y sendos letreros de cartón que decían respectivamente: *“Por favor una limosna para comer. Que Dios se lo pague”*. Y, *“Soy español de 39 años y estoy en paro. Gracias por su generosidad”*. El mendigo extranjero estaba mejor situado para abrirme la puerta y me introduje en el templo después de agradecerle su amabilidad. No llevaba dinero a mano y no era el lugar para rebuscar en mi bolso, así que pensé que a la salida le daría un donativo. No puedo dejar de sentir una cierta humillación cuando doy una limosna a la puerta de una iglesia, siempre me viene a la mente la famosa obra de Benito Pérez Galdós *Misericordia*. Suelo ayudar económicamente todo lo que me permiten mis posibilidades, pero no así, directamente, sino de manera discreta a través de una organización seria en la que confío para que ayude a los necesitados.

Cuando entré en el templo, el corazón de nuevo se encogió en mi pecho. Estaba a punto de comenzar la misa de doce y la enorme nave estaba prácticamente vacía. Algunas familias de sudamericanos, niños incluidos, y una mayoría de personas mayores, hombres y mujeres, sobre todo mujeres, que susurraban en silencio a la espera de que el sacerdote hiciera su aparición ante el altar. Yo hice mi genuflexión y me santigüé al cruzar el pasillo central y me dirigí a la minúscula capilla que está situada a la izquierda de la puerta principal. Ni siquiera se la puede considerar una capilla, es como una mínima estancia en la que se hallan situadas cuatro imágenes que tienen un significado muy especial para mis extrañísimas creencias religiosas. De izquierda a derecha se encuentran: La Virgen del Carmen, El Sagrado Corazón de Jesús; San José y el Niño, y el Niño Jesús de Paraga. Todas las imágenes representando a alguno de mis seres queridos, que ya no están conmigo y que, en vida, debido a sus creencias religiosas, les rezaron a ellos...

Pero, ¿de qué estoy hablando?, si alguien alcanza a leer este breve relato de hoy, jamás comprenderá con exactitud lo que pretendía comunicar. Y es que, en realidad, cuando comencé a escribirlo sólo quería comentar la tierna anécdota que me ha sucedido esta mañana en la parroquia del barrio. Sin embargo, antes de que termine el día pienso confesar la emoción que sentí esta mañana.

Estaba sentada ante las cuatro imágenes que he descrito anteriormente, e intentaba pedirles a mis padres que me iluminasen en estos momentos difíciles, cuando apareció en la pequeña sala una ancianita que, con la ayuda de su bastón, a duras penas intentaba acercarse a la imagen del Niño Jesús de Praga. Yo levanté la mirada para seguir los inseguros pasos de la viejecita. Ésta se acercó a la figura, se apoyó en la cristalera que contiene las velas eléctricas y se besó los dedos de su mano derecha. Haciendo un gran esfuerzo estiró el brazo cuyos dedos

habían sido acariciados por sus labios y tocó la peana sobre la que reposa la imagen del Divino Infante. A renglón seguido, cerró los ojos y musitó una plegaria. Después, sacó unas monedas del bolsillo de su abrigo y las depositó en la ranura de la caja para que las velas artificiales se iluminasen. Unos segundos, y nada. Las monedas no habían servido para encender ninguna vela. La anciana, perpleja, le dio un ligero golpe con el bastón a la caja metálica. Pero la electricidad no obedeció y las velas de cristal no se dignaron brillar. La viejecita se volvió y clavó su mirada en mí como implorando ayuda. Yo me levanté y me acerqué para ver si podía hacer algo; introduje una moneda en la ranura pero la tecnología no estaba por la labor. Le dije a la señora que no se preocupara que, después de todo ella ya había cumplido su promesa y su limosna estaba en el lugar adecuado. Pero, cuál no sería mi sorpresa y mi emoción al ver que la viejecita comenzaba a llorar.

— ¡Pero no lo comprende mujer, mi hijito no veía; sólo sintiendo el calor de la vela sabe que he venido a hablar con él!

Tuve que hacer un tremendo esfuerzo para reprimir mi emoción. Abracé a la ancianita y la ayudé a secar las escasas lágrimas que empañaban sus ojos, y cuando logré tragar el nudo que atenazaba mi garganta, le dije:

— Siéntese un minuto a mi lado señora, hasta que se calme un poquito. Ahora, cierre los ojos y piense en su pequeño, intente hablar con él y verá cómo le contesta y le dice que, desde donde él la espera, su mirada es aguda y puede verla a usted perfectamente.

Pasaron unos minutos, yo mantenía entre las mías las manos de la anciana hasta que logré calentarlas. Poco a poco su respiración se fue haciendo regular, lenta y pausada, hasta que abrió unos ojos que me miraron sonriendo. Después, la ayudé a levantarse del asiento y le di su bastón. Y mientras se dirigía a la salida me dijo:

— Muchas gracias señora, soy una tonta, no había caído en lo que usted dice, pero lleva razón. ¡Soy ya tan mayor!

Me sería imposible describir cuál fue el camino que recorrí de regreso a mi casa, sólo recuerdo que debió ser muy largo porque al alcanzar mi portal me sentía agotada. Era un ser dividido, cuyo cuerpo había deambulado por las calles a su libre albedrío, y su espíritu había mantenido una larga conversación con unos padres que me dijeron adiós para siempre hace ya muchos años.

Francisco ya se había marchado porque era la hora de comer y mientras subía sola en el ascensor recuerdo que pensé:

— Es una pena que no haya milagros en los tiempos que corren ¡La Humanidad está tan necesitada de ellos!...

Madrid, noviembre de 2014